



JAIIME SALINAS

EL OFICIO DE EDITOR

*Una conversación con
Juan Cruz*

Diseño de Enric Satué

50 AÑOS
de buena literatura
ALFAGUARA


Índice

<i>El dibujo de Jaime,</i> prólogo a esta edición de Juan Cruz Ruiz	11
Jaime Salinas extraterritorial, por Juan Cruz Ruiz	15
EL EDITOR	31
EL OTRO SALINAS	149
Excursión Salinas. El Escorial. Octubre de 1996	151
El exiliado	153
El retornado	163
El comprometido	189
El amigo	221
El memorialista	237
Adenda de última hora, por Jaime Salinas	259
Dos palabras del editor, por Mario Muchnik	263
Nuestro testigo, por Javier Marías	267

El dibujo de Jaime

La peripecia de este libro parece dibujada por Jaime Salinas. Él no quiso que se publicara en su día, en torno a 1998, cuando se terminó como un encargo de un amigo común, el editor Mario Muchnik. En ese momento él estaba acabando, o tenía por publicar, sus memorias, *Travesías*, que obtuvieron el premio Comillas convocado por la editorial Tusquets. Y no quería por nada del mundo perjudicar la salida de ese libro con la intromisión de otro en el que él fuera también el protagonista. Así que lo guardamos el editor y yo y lo dejamos reposar.

Los avatares editoriales confundieron lo provisional con lo eterno. Entonces no disponía yo de los dispositivos electrónicos que ahora hubieran hecho posible el control del manuscrito, y éste se perdió, se extravió, se esfumó de entre nosotros. Ni Salinas ni yo ni Mario Muchnik pensamos mucho en ello; lo dimos como el resultado de una experiencia placentera que a mí (y a quienes tuvieron que ver con ella, como Ruth Toledano, mi amiga, que colaboró asistiendo a las conversaciones y que luego hizo las transcripciones correspondientes) nos alegró la vida y nos regaló conocimiento y perspectiva. Gracias a esas conversaciones con Jaime vivimos días inolvidables que aquí se cuentan y se acrecentó nuestra común amistad con este personaje misterioso y cordial que abrió su casa y su alma, tan discreta y llena de veladuras, a mis preguntas y a nuestras distintas amables inquisiciones.

El libro, ya digo, sufrió un extravío singular, que se parecía mucho a la voluntad de Salinas de no hacerlo. Recuerdo haberle hecho una entrevista grabada a Juan Rul-

fo; cuando fui a transcribir la cinta, el poderío mágico del autor de *Pedro Páramo* había conjurado el peligro, y sólo un milagro permitió luego que alguien apareciera con otra cinta en la que casualmente estaba también grabada la charla. Pues lo mismo debió suceder con Jaime Salinas: acaso su poder hipnótico, el que usaba para quedar al margen, había actuado sobre nuestro manuscrito hasta acabar con él.

Cuando murió Jaime yo publiqué en mi blog mi nostalgia por aquella pérdida, y la fortuna hizo que Mariángeles Fernández, una buena amiga, profesora, editora en Anaya/Muchnik, donde el libro habría tenido que publicarse, me comunicara que el azar había dejado en sus manos una copia de las galeradas. Es éste.

Y éste es un testimonio de gran importancia, al menos para nosotros, que consideramos a Salinas un maestro de editores y una persona formidable, cuya opinión de entonces parecía una profecía de lo que habría de venir y ya ha venido. Y estimamos (no sólo yo, los editores, entre ellos Miguel Aguilar, de Debate, que fue amigo filial de Jaime, y Pilar Reyes, que finalmente lo publica en Alfaguara) que era de interés público que saliera. Como ya no estaba Jaime para vencer su propia reticencia ante la publicación de algo que le concerniera, tuvimos el acuerdo de Guðbergur Bergsson, el compañero de años de Jaime; traductor del español, novelista excelente que ha hecho de la melancolía una manera de relatar el fracaso vital, la desesperación y el abismo en el que vive la naturaleza humana. Gud finalmente nos dijo que adelante, que el libro debía salir. Entre todas las personas que conocieron el libro y consideraron la valía de su testimonio quiero citar aquí al sobrino de Jaime, Carlos Marichal, hijo de Solita Salinas y de Juan Marichal. Carlos vive en México, desde allí siempre tuvo una cálida relación con su tío y con muchos de nosotros. En cierto modo, a todos esos nombres va también dedicada esta conversación que es a la vez un homenaje y una memoria.

Ahora se publica en una colección exenta de Alfaguara, con los honores de lo que fue una de las contribuciones más importantes de Salinas al diseño editorial español: sobriedad, respeto al texto, ausencia de alharacas en la portada. Aquellas portadas que Enric Satué inventó para *su* Alfaguara y que eran orgullo de ambos, del editor y del diseñador. Nosotros (el autor, yo mismo, y la editora, Pilar Reyes) quisimos que Satué se uniera al proyecto, como un homenaje sencillo al complejo mundo que inventó Jaime para hacer que esta editorial fuera en aquel momento no sólo un sello para publicar libros sino una apuesta cultural en la España moderna que él soñó. Esa iniciativa que Pilar acogió con tanto entusiasmo nos dio la oportunidad de encontrarnos (otra vez) con Enric; nos llevó la historia gráfica de Alfaguara, nos envolvió en el entusiasmo por Jaime Salinas, por su memoria y por sus hechos, y nos permitió sentir como que a su lado se paraba el tiempo.

Y se paró el tiempo. Quiero decir, ahora tienen ustedes ante sí, como lectores, el libro tal como fue concebido, en tiempo presente; iba a salir con Jaime en vida, y en tiempo presente queda lo que ya es pasado. Hay más. Como me decía Ruth Toledano, que me ayudó otra vez, esta vez con las correcciones de las galeradas que nos envió Alfaguara, muchas de las cosas que dijo Jaime Salinas sobre el mundo que vislumbraba se han cumplido con el tiempo, muchas veces para mayor preocupación de editores y lectores. Por eso el libro sigue en tiempo presente, para que ustedes adviertan el temblor de sus avisos, con qué lucidez veía llegar lo que ahora vivimos como una preocupante certeza.

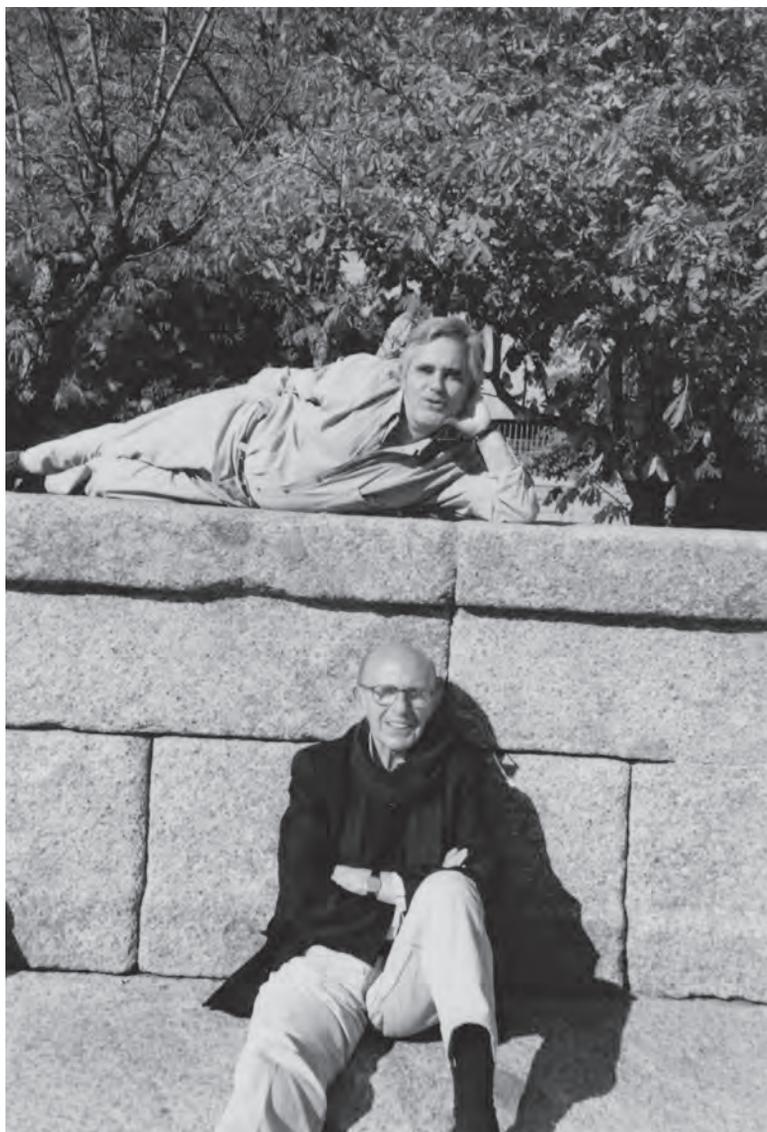
Así que su índice sigue intacto. La conversación, sus circunstancias. El epílogo de Mario Muchnik, que generosamente nos puso a trabajar. Y el texto final de Javier Marías, su amigo y su testigo, uno de los más fieles amigos que además fue uno de sus más importantes autores. Como si Jaime lo tuviera que revisar antes de ser publica-

do, estos textos que siguen son lo que hicimos para ser editados como libro por Muchnik. Alfaguara, en un juego virtual que convierte éste en un homenaje que parece organizado por Jaime (al editor, al autor, al lector), es finalmente el sello que acoge estas conversaciones, y lo hace con el diseño que él siempre quiso para los libros que publicaba.

Una palabra más. Cuando iba a escribir este prólogo, el último día del verano de 2013, al lado mismo del otoño en el que entramos, almorcé con Dolly Onetti, la viuda de Juan Carlos. En la conversación apareció Jaime y ella me contó lo que sucedió una vez, en la casa de Salinas, en la calle madrileña donde el editor vivió siempre. Onetti había ido a almorzar, invitado por Jaime. Había por allí una lámpara que le servía al editor para leer, para trabajar. Juan Carlos la elogió: «Así ya se podrá leer bien...», dijo. Cuando dejaban la casa Dolly y el gran escritor, Jaime entró a un cuarto y trajo consigo un paquete tosco, hecho con periódicos de esos días. Dentro estaba la lámpara. Salinas era un editor, a todas horas, y sabía que era más importante la felicidad de un autor que la luz que hubiera sobre la mesa del que publicaba sus libros.

Un personaje grande, un editor grande. Y ahora, el libro, el objeto principal de esta peripecia que parece dibujada por Jaime Salinas.

JUAN CRUZ RUIZ,
septiembre de 2013



Jaime Salinas con Juan Cruz en El Escorial, durante estas conversaciones. (Foto de Ruth Toledano)

El editor

Es la pregunta más obvia: ¿qué es un editor? Un editor es Jaime Salinas, por ejemplo; o Peter Mayer, o Antoine Gallimard, o los antecesores de todos ellos; un editor es el alemán Unseld; un editor es Carlos Barral. Un editor es Jorge Herralde, o Beatriz de Moura. ¿Similitudes entre ellos? Algunos se parecen más entre sí que otros, pero ninguno es igual al otro. No hay un patrón para medir a los editores; todos tienen algo de todos los demás. Se puede preguntar: ¿qué clase de editor eres? Y ni aun así habrá una respuesta subjetiva pero clara, porque un editor puede cambiar de criterio sobre su propio trabajo a medida que pasa el tiempo. Cuando Salinas comenzó en el mundo editorial tenía treinta y un años y a su alrededor observó cómo evolucionaba Carlos Barral: dueño absoluto de sus iniciativas y de su catálogo. Las cosas han variado, en los últimos tiempos han variado a cada instante, por razones de mercado, por la influencia de los medios de comunicación, por razones de pereza intelectual de la sociedad, porque los grupos quieren resultados y no experimentos... Por multitud de motivos, hoy el editor no es lo que fue y no volverá a ser, quizá, nunca lo que habría querido ser gente como Jaime Salinas... Hay que vivir con esa perplejidad y con esa frustración. El editor, por otra parte, es un ser que se llama así porque en la tarjeta de visita o en la pared de su despacho dice una inscripción que es un editor: no necesita una formación específica, puede provenir de cualquier ámbito, del periodismo, de los seguros, de la mercadotecnia, de la nada... Basta con que ponga en su carné de identidad o en su pasaporte que es editor para

que automáticamente pase a formar parte de los que hacen libros, los venden o los almacenan... Es el lado más débil de la madeja pirotécnica en que se convierte el proceso editorial: el editor depende del material que le suministra el autor, quien además viene cada vez más impulsado por los apetitos de las agencias literarias; en otra instancia, igualmente poderosa, depende asimismo de los distribuidores; y en última —que no la menos importante—, su vida pende del hilo de las librerías, que en España son escasas... Por último, el editor ha pasado a depender de manera absoluta de los criterios con que trata a la cultura literaria la cultura de la comunicación, que es la que en la actualidad manda sobre el consumidor de manera determinante... ¿Pirotecnia? Él —el editor— es el que prende la mecha, pero para que se oiga el ruido tiene que romper muchas barreras. ¿Qué es, en definitiva, un editor? Jaime Salinas tiene la palabra. Su palabra.

CRUZ

¿Qué es un editor?

SALINAS

Un editor es (o, mejor dicho, era) una especie de *go-between*, de intermediario, entre el escritor y el lector, el que tiene, por una parte, contacto con la persona que escribe y, a su vez, traslada o traduce esa escritura a un objeto encuadernado, impreso, con letras, cuyo destino es ser leído por una, dos o un millón de personas.

CRUZ

Y en esa relación, en su papel de mensajero, ¿por qué tiene el editor tanto poder?

SALINAS

El editor no siempre ha tenido tanto poder, ahora lo tiene, pero antes no lo tenía. Como tal, muchas veces era en realidad un mero impresor. Hoy lo tiene porque en la edición el factor económico es dominante y, naturalmente, su responsabilidad es mucho mayor de lo que considero que debe ser su papel, que es cumplir con una función cultu-

ral, con una responsabilidad cultural. Hoy en día esta responsabilidad está relegada a un segundo plano. No emito juicios, sencillamente hablo de la realidad. Si he de formular un juicio, considero que esa prioridad de lo comercial sobre lo cultural, sobre todo en la edición literaria, tiene unas consecuencias absolutamente catastróficas, por una razón muy sencilla: en el momento en que la preocupación dominante del editor es que el libro sea un producto más, tiene que hacer un producto que se vaya a vender, y que se venda el mayor número de ejemplares posible. Naturalmente, eso condiciona el tipo de escritura. Si actualmente apareciera alguien que se hubiera puesto a escribir el *Ulises* o *En busca del tiempo perdido* creo que difícilmente encontraría un editor, porque para lanzar hoy un supuesto Proust o un supuesto Joyce, obras de esas características, el editor tendría que hacer una inversión económica enorme que sólo podría amortizar a largo plazo. Esto, inevitablemente, condiciona al escritor. Pienso que hemos llegado a esta situación en todo este proceso generalizado de la masificación de la cultura. Esto ocurre no sólo con la edición, sino con toda la creación. El hecho de que se vean colas ante museos y exposiciones, o las dificultades para encontrar entradas para un concierto o para la ópera refleja una manera de acercarse a la cultura totalmente diferente de la tradicional. La cultura ha sido hasta ahora una cuestión para minorías. Desde el momento en que tiene que ser algo para las masas, inevitablemente la cultura cambia; no digo que degenera, pero cambia.

CRUZ

Eso también habrá hecho cambiar la figura del editor, es decir, el editor ahora no es el mismo que eras tú, o que eran Gallimard y Einaudi.

SALINAS

Supongo que sí. Hace casi catorce años que yo me he distanciado de la edición y sería difícil hablarte de su situación actual. ¿Qué es lo que tú, por ejemplo, haces como editor, tu actividad, tus responsabilidades? Creo que el editor de hoy en día tiene unas preocupaciones de otro tipo. Entre otras cosas, la preocupación fundamental de que su empresa sea, ante todo, rentable. Antes, el editor se preocupaba de no perder dinero, pero no se pensaba tanto en hacer fortuna con los libros. Ahora la edición es una empresa como otra cualquiera. Uno de los grandes problemas que se producen es que hoy un libro se convierte en un *bestseller* y es puramente un producto de *marketing* o, por el contrario, un libro que tiene un gran valor literario y no se presta a ese *marketing* puede pasar totalmente desapercibido. También ha cambiado la consideración del libro por parte de los medios de comunicación. Yo esto lo he vivido sobre todo en España, donde hemos pasado de una cierta indiferencia, una cierta marginación del libro en nuestros medios de comunicación, al hecho de que hoy cualquier periódico que se estime ha de tener su suplemento literario. Con todos los defectos y todas las virtudes que esto conlleva, pues a su vez ese mismo suplemento peca o es víctima de la otra fenomenología.

CRUZ

¿Debe el editor estar equipado culturalmente de una forma especial? ¿Cuál era el equipaje de un editor de antes?

SALINAS

Yo sólo puedo decirte que intelectualmente nunca me he considerado equipado y siempre he hablado muy claramente en ese sentido. He conocido editores extranjeros y no creo que, por ejemplo, una persona como Claude Gallimard estuviera intelectualmente equipado de una forma especial; y hasta cierto punto tampoco una persona como Einaudi. Creo que los editores con un pesado bagaje intelectual pueden pecar desarrollando una línea editorial muy personal aunque, naturalmente, puedan publicar libros de gran valor. Personalmente, he sido siempre más partidario, y esto lo aprendí de Einaudi, de ser un editor no lector, de rodearme de gente que sí lee y que informa, de lectores de los que de alguna manera el editor conoce sus debilidades, y de que el contraste de esos informes te haga decidir si publicar o no un libro. Yo, desde luego, leyendo no me siento nada seguro; me temo que publicaría poquísimos.

CRUZ

Aparte del lector que tiene a su lado, ¿qué defensas tiene el editor, es decir, cuáles eran tus objetivos cuando empezaste a ser editor y de dónde venía tu conocimiento?

SALINAS

Absolutamente de ningún sitio, nunca lo había pensado, empecé en la edición por pura casualidad. No conocía lo que era la edición y tuve la suerte de que en esa fase inicial más que editor yo era una especie de *bonne à tout faire*, en este caso para Barral. Era un poco ser el gestor, el que

coordinaba e intentaba ordenar las cosas. Intervine muy tarde en el papel de editor como tal, a partir del 76, con Alfaguara, porque en Alianza sí desempeñaba ese papel pero era relativamente fácil, ya que el libro de bolsillo publicaba Faulkner o Baroja o Proust y para eso no hace falta leer. En cierto modo, es un oficio extraño, el de editor. A veces es muy gratificante e incluso divertido. Por otra parte, requiere una entrega total, eso tú lo debes de saber como nadie. Es un oficio que no necesita ni hacer una carrera, ni estudiar nada en ningún sitio, ni tener especiales conocimientos de nada, aunque ahora, como para todo, se han creado másteres para hacerse editor. En realidad, la simple atracción hacia un libro, el hecho de haber estado cerca de los libros toda la vida, es posible que baste y sobre.

CRUZ

Y, sin embargo, ¿qué se necesita para ser un buen editor?

SALINAS

Se necesita, aunque no en profundidad, un conocimiento de lo que es la fabricación de un libro. A su vez, toda la labor de la confección intelectual de ese libro y, además, tener interés en su comercialización y su promoción. Siempre he considerado absolutamente imprescindible que el editor se interese por esos tres aspectos y que los trate con el mismo respeto, es decir que, para mí, el departamento de producción es tan respetable como el editorial o el comercial. Lo que sucede es que ese equilibrio es muy difícil de establecer, no porque uno no lo quiera, sino sencillamente porque el editor en general desprecia al comercial y está siempre peleándose con el productor. Por eso en Al-

faguara, en el único momento en el que pude, como director general, desempeñar un papel que abarcaba esas tres facetas, siempre insistí muchísimo y me interesé en que cada uno de los departamentos entendiese el problema de los otros dos. Por otra parte, creo que, sobre todo en este país, el pobre editor está muy desamparado. Supongo que esto ha cambiado, pero en los tiempos de Barral, por ejemplo, cuando se empezó con la Biblioteca Breve, recuerdo lo que suponía pretender que un librero comprendiera lo que era la Breve y que se aviniera a que le dejases un ejemplar en depósito. No hablemos ya de lo que era un distribuidor, que se resistía muchísimo a vender un libro de ese tipo. Tú has tenido la suerte de encontrarte en un tiempo en el que una distribuidora trabaja prácticamente para ti, pero entonces trabajaba otros fondos y como los libros de los otros eran mucho más comerciales siempre sufrían los tuyos.

CRUZ

Creo que editar es también estar dispuesto a tener varias frustraciones. Decías que el editor era un intermediario entre el escritor y el lector; de esas dos partes de la ecuación, ¿quién crees tú que respeta más al editor?

SALINAS

Depende. A veces el escritor respeta más al editor...

CRUZ

Antes de publicar el libro...